

MOTIVACIONES SOCIOECONÓMICAS DE LAS PROTESTAS DE LOS MINEROS DEL CARBÓN DE ANTRACITA EN LA COMARCA DE FABERO DEL BIERZO¹

Carta a Inaki Gabilondo (1996)

«Los patronos españoles no son empresarios; son individuos obsesionados por el afán de lucro. He conocido en mi adolescencia la forma de explotación en las minas de antracita; trabajé cerca de tres años y, en mi aprendizaje rotativo por distintos puestos de trabajo, pasé unos meses ayudando al electricista en la instalación de bombas hidráulicas y conocí muy directamente las condiciones en que trabajaban picadores, *ramperos* (*guajes*) y vagoneros. Como un brevísimo homenaje a aquellos hombres, voy a contarle algo que la gente de la calle hoy se negará a creer. (...). Viejo y enfermo siento una profunda inquietud por el pueblo en que nací y en el que se forjó mi conciencia; y es este sentimiento el que me obliga a dirigirme a Vd., con la esperanza de ser atendido, porque no en vano la SER es la radio con mayor audiencia y forma parte del grupo de comunicación más importante y esclarecido de nuestro país.»

Eloy Terrón Abad

Sr. D. Inaki Gabilondo
"Tertulia Matinal"
Cadena SER
C/ Gran Vía, 32.
28013 MADRID

Muy Señor mío:

Pido perdón por el gran retraso con que esta carta le llegará. Es para mí una obligación escribirla: esta obligación -que cumplo con agrado- deriva por de pronto del hecho de haber publicado un libro sobre el pueblo minero de Fabero del Bierzo (León)² cuya presentación pública tuvo lugar en el mismo pueblo a principios de agosto.³ Por esta y otras razones es un deber para mí salir en defensa de los habitantes de mi pueblo, y con mayor motivo si creo que les asiste la razón.

Tengo que aclararle que el motivo real de esta carta es el tratamiento que han merecido las recientes huelgas y plantes que han tenido lugar en fechas recientes en las cuencas mineras de Laciana, Fabero-Sil y Alto Bierzo, como protesta de los trabajadores mineros ante la inminente suspensión de las subvenciones públicas a las explotaciones carboníferas. Porque, al parecer, en la "Tertulia" que Vd. "modera", coordina o dirige, se han hecho declaraciones

¹ Mecanoscrito, sin fecha, pero de 1996 (y posterior al mes de agosto), con inclusión de dirección y teléfono propios, junto a la firma; título, transcripción, edición y notas de Rafael Jerez Mir.

² *Los trabajos y los hombres. La desaparición de la cultura popular en Fabero del Bierzo* (Madrid, Endymion, 1996). El libro se abre con la dedicatoria siguiente: «Dedico este libro a la memoria de los campesinos de Fabero, que forjaron mi conciencia; a los campesinos de Bárcena, que me acogieron en su escuela y me trataron con mucho cariño; a los de Lillo y de Otero, donde he tenido muchos amigos; y, finalmente, debo también mi agradecimiento a los campesinos de Fontoria».

³ La presentación se realizó el 3 de agosto de 1996 y estuvo a cargo de Rogelio Blanco y de los responsables del ayuntamiento de Fabero.

despectivas e insultantes sobre los mineros del Bierzo. No conozco las fechas, ni los calificativos empleados, pero confío en que mis fuentes de información sean veraces, por lo que le ruego me permita reproducir aquí párrafos de los comentarios e informaciones que he recibido, por teléfono y por escrito:

- "Todos aquellos que quieran hablar sobre nosotros, que se acerquen y conozcan nuestra realidad de modo directo".
- "Los mineros no desean que sus hijos trabajen en las minas: preferirían que fuesen ministros, ingenieros o contratistas; todo, menos mineros. Lo que ocurre es que, hasta hace poco (hoy ni esto hay), en esta zona los únicos puestos de trabajo que permitían vivir con una mínima decencia eran los de la minería."
- "Los mineros ganan mucho, dicen. ¿Comparados con quién y en qué condiciones? Quizás hace unos cuantos años, cuando cobraban con regularidad. Mi opinión sobre el trabajo en la mina ha cambiado mucho en los últimos 15 o 20 años. Las familias pasan meses sin cobrar. Antes eran los empresarios mineros quienes conseguían sus objetivos (como no pagar los impuestos a Hacienda ni las cuotas a la Seguridad Social), dejando a los mineros sin cobrar después de haber trabajado; y, claro, los que protestaban y perdían sus salarios eran los mineros, mientras los empresarios iban acumulando deudas, que acababan perdonándoseles. Pero, desde hace algún tiempo para acá, no son sólo los empresarios; también entidades públicas están intentando acabar con nosotros. Hace tres años, después de todas nuestras movilizaciones (huelgas, manifestaciones, marcha a Madrid y días durmiendo en la calle, etc.), se consiguió un plan de reconversión e industrialización; y, entonces, muchos mineros vieron cómo las indemnizaciones prometidas
- -meses de trabajo- no les eran pagadas. Hoy, tres años después, todo sigue igual. ¿Dónde está entonces el gran nivel económico? ¿Dónde los grandes sueldos, si éstos deben servir para mantener a las familias durante dos o tres meses? En Madrid, en Badajoz, en Barcelona, o en Cuenca, hay trabajo para hombres y mujeres. En esta zona prácticamente sólo lo hay para hombres. Alguien, puede explicarnos entonces ¿por qué desde hace 3 años nos sacrificamos para nada? ¿Por qué hoy, 3 años después, estamos en peores condiciones que entonces? No tenemos derecho a trabajar, a hacer planes para el futuro, a una casa, a unos estudios para nuestros hijos. ¿Qué podemos hacer? ¿Hasta cuándo va a durar esta angustia y esta intranquilidad?"
- "Yo llevo 10 años casada. He trabajado, he tenido una niña; nunca hemos podido hacer nada, un año por una cosa y otro por otra; pero veíamos cómo nuestros ahorros sólo servían para comer decentemente los meses en que no cobrábamos."
- "Me indigna lo que algunos señores de la Radio y la Televisión dicen de nosotros. Por ejemplo, según el señor Orbaneja, somos unos vagos que vivimos de la caridad. Supongo que en este trabajo, como en el suyo, unos trabajan más y otros trabajan menos. Pero no vivimos de la caridad; vivimos de nuestro trabajo (que empezamos a pensar que es inútil y no lo

sabíamos) y a veces al coste de muchas vidas. Por grato que parezca desde fuera, nunca lo fue ni lo será. No sólo por las víctimas de accidentes laborales, sino por aquellos que, con 40 o 45 años, sufren enfermedades derivadas de su trabajo en la mina durante años y que les dejan con pocas oportunidades o perspectivas de futuro a una edad en la que, de estar sanos, aún podrían desarrollar su labor sin problemas. No quiero dramatizar sobre este aspecto, pero es duro tener que vivir con ello, sobre todo las familias (que no son pocas) que han perdido a alguno de sus miembros en la mina."

- "Al diario *Cinco Días* habría que decirle que nos gustaría mucho que nos explicara lo de "*Minas y carbón por uebos* {sic}". Aunque para nosotros la cuestión está clara: primero fueron los empresarios los que nos utilizaron como arma arrojadiza; ahora lo hacen los partidos políticos y los gobiernos. ¿Si realmente tuviésemos tantos "uebos", permitiríamos este partido de ping-pong en el que vivimos? Quizás tengamos que hacer alguna gran barbaridad para que nos dejen en paz y empiecen a respetarnos. Aún recuerdo a aquel hombre minero que se quemó con gasolina para atraer la atención sobre la escasez de comida que había en aquella (una de tantas) ocasión. Aunque no sirvió de nada entonces y hoy creo que tampoco serviría. Daría igual si nos quemáramos 8.000 mineros y sus familias; tampoco así conseguiríamos nada; pero es hora ya de que dejen de utilizarnos y de hablar sin ton ni son sobre nuestras vidas."
- "Por mi parte, me gustaría recordarle al señor Orbaneja la invitación que le hizo un minero de Laciana para que fuese a trabajar con él. No creo que lo sepa, pero, para poder cobrar, hay que trabajar un mes y quince días más; se trata de una servidumbre de los trabajadores de estas minas: de la extraña costumbre de hacer al empresario un préstamo gratuito, por el importe de 14 días de trabajo."

Hasta aquí mis informadores han hablado de lo que está sucediendo en Fabero y en los pueblos de su cuenca minera. También expresan su indignación por las erróneas o interesadas declaraciones de algún miembro de su "Tertulia": además de al mencionado "señor Orbaneja", acusan al señor Rodríguez Braun de deformar los hechos en perjuicio de los mineros.

Sin dar por zanjada la cuestión, creo -por lo que dicen mis informantes y por algunos recortes de prensa que me han enviado- que se han falseado los motivos fundamentales de las protestas de los mineros de Fabero y del Bierzo, en general; mejor dicho, de los mineros del carbón de antracita.

Dos órdenes de cuestiones diferencian a los mineros de la antracita de los mineros de la hulla: las condiciones de trabajo y la propiedad y gestión de las explotaciones.

La producción de carbón de antracita, muy inferior a la de carbón de hulla y siempre secundaria y casi marginal, ha estado en manos de pequeños o medianos empresarios e incluso de *chamiceros* (en Fabero los hubo desde los comienzos de la extracción "mecanizada"). La potencia de sus empresas explotadoras fue siempre muy inferior a la de las grandes empresas hulleras de la cuenca asturiana, e incluso a la de las de Laceana, La Robla, Sabero y otras, en la misma provincia de León.

Esa importancia secundaria de las explotaciones de antracita ha hecho (según mis noticias) que en este sector no exista ninguna empresa que pertenezca al patrimonio nacional, como Hunosa y otras. Por eso, han sido los propios empresarios los que han presionado, por distintos procedimientos a los trabajadores y a los poderes públicos: a los primeros, con las amenazas de no disponer de dinero para pagar los salarios, amenazas que han sido utilizadas con demasiada frecuencia y les han ocasionado notables quebrantos a ellos y a sus familias; y a los segundos, al amagar, para conseguir subvenciones, con no pagar a los trabajadores, no ingresar las cuotas correspondientes a la Seguridad Social, demorar o no pagar los impuestos a Hacienda y otras medidas semejantes.

En este tira y afloja de las empresas (llamarlas tales es hacerles demasiado honor) frente a los trabajadores y frente a las autoridades, se ha producido tal inquietud y desasosiego entre los mineros, que algunas familias han comenzado a abandonar la cuenca con profunda tristeza y angustia, a pesar de lo difícil que es hoy para aquéllos encontrar un nuevo trabajo.

A crear esta situación ha contribuido la política de los empresarios, atentos únicamente a sus ganancias mediante subvenciones o mediante "cielos abiertos" (lo que para los trabajadores mineros es casi lo mismo, pues este tipo de explotación proporciona muy pocos salarios puesto que los desmontes los realizan potentes máquinas). Entregados de ese modo a ganancias fáciles que no requieren romperse mucho la cabeza, los empresarios leoneses del carbón de antracita abandonaron lo que es la verdadera naturaleza de la empresa: la organización de la producción, la innovación técnica con aplicación de nuevas máquinas, etc., con la finalidad de aumentar la productividad por obrero y hora de trabajo. Porque no es lógico que los norteamericanos pongan la tonelada de carbón en puertos españoles a mitad de precio o menos; lo que sólo es porque los empresarios estadounidenses son empresarios de verdad, que saben organizar la producción y emplear técnicas y máquinas que abaratan la producción, ya que la productividad de una empresa (mejor, de una fábrica) no depende de los trabajadores individuales sino del empresario y de sus inversiones en tecnología y en la organización de la producción. Los patronos españoles no son empresarios; son individuos obsesionados por el afán de lucro.

He conocido en mi adolescencia la forma de explotación en las minas de antracita; trabajé cerca de tres años y, en mi aprendizaje rotativo por distintos puestos de trabajo, pasé unos meses ayudando al electricista en la instalación de bombas hidráulicas y conocí muy directamente las condiciones en que trabajaban picadores, *ramperos* (*guajes*) y vagoneros. Como un brevísimo homenaje a aquellos hombres, voy a contarle algo que la gente de la calle hoy se negará a creer.

Las capas o filones de antracita de la cuenca de Fabero son poco inclinadas y muy estrechas; había, y aún debe de haber, capas de 30 centímetros de espesor de carbón y 15 centímetros de regadura (lo extraído de la regadura no quema bien, pues se trata de rocas oxidadas y de piritas). Los picadores realizaban su labor con la pica, trabajando recostados sobre un lado; y los *guajes* paleaban el carbón con unas palas a las que se les había cortado el mango. Tanto en la *rampa* como en el *despile* utilizaban unos cajones de madera con dos ejes y dos ruedas, cada eje; los cajones debían tener un metro y medio de largo por un metro de ancho; eran

controlados con una cadena que hacían deslizar dando una vuelta a una *puntala* que actuaba como freno. El cajón se deslizaba todo a lo largo del tajo de explotación y, cuando llegaba al borde de la galería, el vagonero acomodaba su vagón a lo ancho del cajón, levantaba un pasador que sujetaba la trampa del cajón y el carbón caía dentro del vagón.

Si no había *falla* (desaparición de la capa de carbón), la galería por la que circulaban los vagones y los trabajadores giraba a izquierda o derecha a fin de conservar siempre como techo el de la capa de carbón para facilitar la descarga de los cajones que transportaban el carbón del *despile*. El cajonero situado en la galería izaba el cajón sujetando la cadena en una *puntala*. Si la galería y los destajos eran secos, los mineros dedicados a arrancar el carbón (picadores, ramperos -cajoneros-, vagoneros y franqueadores) respiraban un aire con un polvo negro en suspensión; pero, si eran húmedos, al estar echados trabajando, les caía una especie de lodo negro en la cara, en los ojos, en los oídos,..., que les empapaba la ropa, de modo que, cuando terminada la jornada y salían al exterior, parecían negros espectros; aparte de que, hasta el año 1.934 o 1.935 en que construyeron un secadero, tenían que ir cubiertos de polvo o de lodo negro, en el que destacaba el blanco de los ojos y los dientes, hasta llegar a sus viviendas.

Muy triste y miserable debía de ser la vida de los mineros en aquellos años, de 1.929 a 1.936, puesto que -a pesar de lo rudo e inhumano de sus condiciones de trabajo y de lo miserable de sus viviendas (pues se utilizaron como tales todos los establos y pajares vacíos)- todo fue poco ante la avalancha de mineros que llegaron a Fabero a partir del verano de 1.929, huyendo de la gran crisis de ese año. Vinieron gentes de diversas regiones de España -de Galicia, de Asturias, de Cartagena- y de fuera de España -de Bélgica, de Francia e incluso de los Estados Unidos de América-. La población autóctona de Fabero se vio desbordada por completo; pero, pese a su falta de enseres y de muebles, la mayoría de los vecinos admitieron “peones” (mineros) como huéspedes, a los que se les facilitaba comida, cama y ropa limpia por un precio medio de diez reales (2,50 pesetas).

El pueblo -mejor dicho, la aldea proto-artesanal (véase Leroi-Gourhan⁴)- sufrió un vuelco radical. Desde la bovina lentitud de la “comunidad de aldea”, saltó en unos cuatro años al intento de proclamar el Comunismo Libertario (en diciembre de 1.933).

Los naturales del pueblo empezaron a tener algún dinero. Pero fue a costa de doblar su trabajo, al continuar laborando sus tierras y cuidando de sus ganados y mandar a los jóvenes (muchachos y muchachas) a trabajar en las minas. Pues, después de trabajar siete u ocho horas en la mina, esos mismos jóvenes siguieron colaborando en la realización de las faenas agrícolas con el resto de la familia, que permaneció aferrada a sus cultivos tradicionales, con sus pobres rendimientos. Luego, la guerra civil y la terrible escasez de los años de nuestra posguerra vinieron

⁴ Referencia a la nueva periodización de la cultura, por parte del antropólogo francés, en *El hombre y la materia (Evolución y técnica, I)*, Madrid, Taurus, 1988, pp. 36-37) en preartesanal, proto-artesanal, artesanal aislado, artesanal a grupado e industrial, en función del desarrollo relativo del artesanado, en un sentido amplio: es decir «de un estado social en el que algunos individuos dedican su tiempo a técnicas de fabricación (metalurgia en particular); este tiempo les es compensado por una contrapartida en especie o en metálico correspondiente a la imposibilidad de adquisición alimentaria que resulta de su actividad de fabricación» (ob. cit.; p.37).

a reforzar esa tendencia tradicional, aunque sin duda algunos cultivos, como el del lino, ya habían sido abandonados. Peor aún: en los años 40 se cultivaron tierras de las que no había memoria de que hubieran sido trabajadas; tan intensa y angustiosa fue la escasez de alimentos por entonces. Así, la agonía de la vieja agricultura se prolongó casi hasta la década de los 50.

Las explotaciones mineras continuaron su rumbo expansivo, pues, si en el quinquenio de 1.925-1.930 se extrajeron 164.000 toneladas anuales, en 1.945 se superó el millón. Cientos de personas continuaron llegando a Fabero (y, como es lógico, también a los pueblos del ayuntamiento), haciendo tan apremiante la escasez de viviendas que hubo que construir con urgencia nuevos barrios de casas. Uno de éstos, muy importante por el número de viviendas y por la influencia que ejerció, fue el Poblado de Diego Pérez, de Antracitas de Fabero. Se eligió bien su situación: en el Llamazón de En Medio, entre el camino de Fornela y el camino vecinal o carretera de Fabero a Lillo; y el poblado se urbanizó a base de casas unifamiliares de una sola planta, con calles amplias y jardines.

La situación de ese Poblado obedeció a un plan de gran alcance, bien concebido y bien logrado, que habría de ejercer una influencia nefasta sobre la población minera, a la vez que fortalecía los intereses de los patronos de las explotaciones mineras.

El hacer que el Poblado de Diego Pérez ocupara las Suertes de En Medio fue un golpe formidable, pues así se incitó a edificar viviendas y locales para negocios en las Suertes del Llamazón, a la derecha de la carretera que conduce a Lillo, donde la gente se apresuró a construir; y, de ese modo, se consiguió inutilizar para el cultivo las más nuevas y mejores tierras de Fabero. Pues, en las Suertes se podían cultivar patatas, maíz y judías, sin necesidad de riego; y algunas parcelas hacía pocos años que habían sido habilitadas para el cultivo, porque los campesinos habían construido un drenaje (que consistió en una zanja profunda desde la tierra encharcada hasta el arroyo del Cubiello, que baja de Otero, llenándola hasta la mitad de cantos rodados, abundantes en aquellas tierras).

Dada su excelente situación entre Fabero y Otero, fue un golpe maestro impedir que se cultivaran esas tierras y que se constituyese así una población que alternase el trabajo en las empresas mineras al dedicar algún tiempo en las mejores tierras no a los viejos cultivos de la agricultura de subsistencia (el centeno, las castañas, el lino, el ganado -ovejas, etc.) sino a otros más fecundos y nuevos (como hortalizas, verduras y cultivos de huerta), a frutales e incluso al cultivo de las castañas, que no debiera despreciarse pues exige poco esfuerzo y tiene buena salida en la exportación.

Por lo demás, este hecho venía a sancionar con toda su fuerza una tendencia que estaba ya operando sobre las conciencias de los naturales del pueblo. Los mineros forasteros, si no superiores en número, vivían mejor que los vecinos que se deslomaban trabajando la tierra para conseguir un pan de centeno escaso y malo; por lo que estos últimos, al darse cuenta de que los productos que obtenían de la tierra no compensaban los trabajos que dedicaban a su producción, abandonaron el cultivo, sin ningún tipo de crisis. Primero, fue el de las tierras más altas y pobres; después, el de las tierras de mediana calidad; y, puesto que no araban tierras ¿para qué querían los animales? De modo que se deshicieron también de éstos. El

abandono de los cultivos fue tan completo que, incluso, dejaron que se perdieran las viñas de Valdeguiza así como los castaños.

En la década de los años 60 las tierras centeneras ya estaban abandonadas. Y a finales de los años 50 podía verse a vecinos del pueblo que habían sido grandes trabajadores jugando al mus en bares y cafés. Acabaron por imitar a los mineros forasteros que vivían sólo de lo que ganaban en la mina: muchos antiguos campesinos buscaron trabajo en ella; los más reacios a hacerlo lo buscaron en el exterior, aunque ganaran menos; otros establecieron una pequeña tienda, una taberna, etc. En pocos años el abandono del campo fue total; sólo conservaron los prados que de nada les servían porque no tenían vacas, ni ovejas, aunque ocupaban las mejores tierras del pueblo, las más húmedas y las más próximas. Y hoy las cosas siguen igual.

De ese modo, los patronos, que tanto miedo tenían a los mineros, lograron aislarlos de cualquier otra actividad y que vivieran sólo pendientes del trabajo en la mina; que no contaran con otros recursos que sus salarios, sus jornales, para que no pudieran resistir mucho tiempo en huelga. Estos hechos deterioraron las vidas de muchos habitantes del pueblo; el daño fue mayor para los numerosos retirados por larga enfermedad (por padecer la enfermedad típica de los mineros, la silicosis). Pues, si hubiesen realizado labores que exigieran poco esfuerzo y al aire libre, quizás algunos habrían logrado alargar su vida; es bien sabido que los mineros morían y mueren jóvenes.

No debería terminar esta carta sin dedicar un párrafo a las tropelías y gravísimos abusos cometidos por los patronos durante muchos años.

El arroyo que corre al este y al sur de Fabero arrastró durante años miles de toneladas de desperdicios de los lavaderos del carbón. Desde que instaló sus lavaderos a comienzos de los años 30 hasta los 60 o quizás hasta los 70, Minas del Bierzo lanzó los desperdicios al arroyo. Los baldes de retorno de la línea de baldes que transportaba al Pozo el carbón del grupo Río y Maurín, de don Diego Pérez Campanario, no iban de vacío sino cargados de desperdicios que depositaban en los prados de la Raza, sobre el río Cúa: las aguas negras contaminaron los arroyos y el río. Y ¿qué decir de las escombreras? Los patronos nunca han tenido la menor consideración a la hora de situarlas. Las han dispuesto donde han querido con peligro e incomodidades para la población, sobre todo cuando entraban en combustión. La escombrera de la Mina de la Pedrera, en el suroeste del pueblo, en concreto, se incendió, de modo que los sofocantes gases -intensificados cuando llovía y con el viento de suroeste (que es el que trae la lluvia)- lanzaron tufaradas sofocantes sobre el pueblo durante varios años. Pues siempre hubo alguna escombrera ardiendo durante los últimos 60 años.

La "penúltima" tropelía fueron las explotaciones a "cielo abierto". Se trata de un tipo de explotación en el que no intervienen los mineros; es algo así como un contrato entre el concesionario del carbón y una empresa de servicios que alquila las máquinas excavadoras (al parecer el precio era la mitad del carbón extraído). Si los pueblos no están alerta -y a veces aun cuando lo estén-, la explotación a "cielo abierto" deja como testimonio el cráter, un gran volcán. Al parecer, la Junta Vecinal de Fabero convocó hace algunos años un referéndum al respecto en el que triunfó el NO al cielo abierto; pero los patronos dijeron que o les permitían ese tipo de

explotación o cerraban, con lo que el resultado del referéndum quedó sin efecto.

De Fabero salieron muchos millones de toneladas de carbón cuya extracción tuvo un coste grande para el pueblo y para los pueblos limítrofes, al desaparecer todos los manantiales y los arroyos: el vacío que dejó la capa del carbón extraído provocó hundimientos y dislocaciones del suelo, originando grietas por las que el agua emigró hacia las partes más bajas (y posiblemente hacia el grupo Río) y cooperando de paso a la ruina de la agricultura, que desapareció en vez de reconvertirse.

Hubo una total falta de previsión; nadie se preocupó por el futuro. Se creía que el carbón era inagotable. Y los patronos se dedicaron a saquear el subsuelo del pueblo, en el que sólo quedaron unos míseros salarios, porque la masa central de la riqueza emigró lejos de allí: tanto, como para llegar hasta Andalucía para convertirse en cortijos aceituneros; aunque quién sabe qué otros destinos habrá tenido. Eso sí, en la cuenca de Fabero quedaron las escombreras: el paisaje lunar de los cráteres de las explotaciones a cielo abierto.

A nadie tiene que extrañar que las gentes de la comarca se aferren al carbón y quieran seguir creyendo en su riqueza. Las gentes sencillas -ex-campesinos (quedan muy pocos ya), mineros silicóticos y pensionistas- no pueden creer que pueda comprarse carbón a mitad de precio y mejor a Suráfrica, a Estados Unidos. ¿Por qué puede llegar a las centrales de la zona carbón más barato y mejor? No saben que las empresas no tienen más tipo de responsabilidad social que conseguir la máxima ganancia para los amos del capital.

Las autoridades, los ayuntamientos, los sindicatos, los partidos políticos y, naturalmente, los conformadores de opinión -los medios de comunicación- tendrían que asumir los sentimientos y las inquietudes, los miedos y las angustias de la población, encontrar las alternativas más adecuadas y proponerlas como soluciones.

Viejo y enfermo siento una profunda inquietud por el pueblo en que nací y en el que se forjó mi conciencia; y es este sentimiento el que me obliga a dirigirme a Vd., con la esperanza de ser atendido, porque no en vano la SER es la radio con mayor audiencia y forma parte del grupo de comunicación más importante y esclarecido de nuestro país.

Con la más alta consideración le saluda.

Eloy Terrón Abad